

Guillermo Koenenkampf

Rosa

I



E llamaba Rosa, y era como una rosa en medio del desierto. Y cuando por las mañanas, al tocar la campana de la pulpería sus cinco campanadas madrugadoras, abríamos, a la claridad amarillenta de las bombillas eléctricas, el ancho ventanillo para atender a la gente apiñada del otro lado, en el corredor, parecía una rosa lozana entre las caras hirsutas y deterioradas de hombres y mujeres pampinos.

Desde el primer día—lo recuerdo—la había visto ahí, inmóvil y llena de gracia, frente al ventanillo, un poco separada al principio de todas esas gentes de palabras sueltas y maneras procaces y desenvueltas, esperando su turno para hacer las compras de la mañana. Pero, poco a poco, la gente que llegaba la iba invadiendo, como invade la maleza el rosal y ella, entonces, apretada entre las mujerucas y los hombrones que reclamaban el azúcar y el café para el desayuno, o

los cartuchos de dinamita y los cigarrillos, para irse a barrenar los tiros a la pampa, erguía su busto recién abotonado, escudándolo discretamente con el canastillo de mimbre que apretaba a dos manos junto a sus pechos.

Cuando ya me habitué un poco en el trabajo, a los siguientes días, la buscaba de inmediato con la mirada, al descorrer el postigo, por beber en sus ojos transparentes una chispa de rocío matinal que refrescara en mi soledad la calcinante antipatía del desierto. Ella advertiría quien sabe mi mirada, o bien era que bajaba las suyas instintivamente, con naturalidad y pudicia, y se ponía entonces a seguir con ellas—yo las sentía sobre mi epidermis y me parecían como caricias—mis manos aun torpes en el expendio de los pequeños paquetes de la hierba y del azúcar. Algunos compradores protestaban de mi poca experiencia; otros se iban a la ventanilla cercana o se corrían hacia la punta, donde atendía el otro pulpero; y de la gente que se quedaba esperando, algún pampino diablo se burlaba con poco disimulo de mí, o alguna mujer joven o muchachona me echaba piropos descarados; pero Rosa, en silencio digno y paciente, permanecía alejada del mostrador hasta que yo, en silencio también, la interrogaba con la tímida mirada.

—Este pollita está vacante todavía, mirra—me dijo a las pocas mañanas de mi llegada el austriaco Victorio Leba, el segundo jefe de la pulpería, cuando ya ella se iba con su canasto lleno de provisiones. Te la

dijamos parra ti . . . ¡Y la puena suerrte que te llekas-te, hombrre!

Ella alcanzó a oír y volvió la cabeza, echándome a mí, que no había dicho nada, una mirada ofendida. Me acholé más todavía, y los otros empleados, que ya habían atendido a sus clientes habituales, celebraron con una carcajada.

Al día siguiente no me atreví a echarle la ojeada cotidiana, al abrir el ventanillo. Sólo poco a poco, cuando iba despachando a las mujeres, fuí corriendo mis miradas hacia el rincón en que ella se guarecía. Entonces sostuvo mi mirada un momento, o mejor, fuí yo que me atreví a sostener la suya—¡una mirada pura y auroral!—y sus mejillas se tiñeron, me pareció a mí que se tiñeron fugazmente, de un auroral y trémulo rubor. Pero bajó en seguida los ojos, frunciendo un poco las cejas y se puso, como siempre, a seguir impasible mis movimientos lerdos, mientras yo hubiera querido irme de ahí. Cuando al fin ya iba a atenderla, se acercó de nuevo el austriaco Victorio Leba.

—Mirra, Rosita—le dijo—¿te kusta este chileno del agua dulce? Está kuermoso y jovencito, fíkate. . .

Ella, sin decir nada, me miró otra vez a mí, con los ojos lastimados, e hizo ademán de irse a la ventana vecina. Pero los otros pulperos ya se habían desocupado y en ese momento venían a donde nosotros estábamos, y ella, entonces, hubo de quedarse a que yo le vendiera. Me sentí ofendido también y mientras le envolvía los mercados de provisiones, me tembloteaban

un poco las manos y los labios. Claro que los otros empleados volvieron de nuevo a reírse de mí; pero fué ella, que al marcharse por el largo corredor de la pulpería, sin hacerme siquiera la suave venia que me hacía diariamente, cuando ya tomaba el cesto y se iba, lo que me causó más achunchamiento.

—¿Que no ves que estás pien tonto, mirra—exclamó riendo Victorio Leba. ¿Y así estás tú chileno y venir de los puerro y ciudade grandes? ¿No mirras tú este chileno?—agregó aún, dirigiéndose festivamente a Anselmo Brito, el compañero que despachaba a mi lado.

Anselmo Brito, chileno como yo, lanzó una risotada y una exclamación bien criollas y me miró burlón.

—Es que este pollo habrá venido de las monjas, gringo Leba—le contestó. O es que se está haciendo, no más...—insinuó después con una sonrisa maliciosa y conciliadora.

Yo, ni «me hacía», ni «había venido» de las monjas; pero era así. A pesar de mis ansias de ternuras y de amor, propias de mis veinte años, que la soledad de la pampa avivaba, mientras más las deseaba, más tímido y encogido me sentía delante de las mujeres; sobre todo delante de las mujeres lindas... y ella, Rosa, era muy hermosa.

II

A la mañana siguiente quise mostrarme más despabilado ante ella. Les vendí primero los cartuchos de

dinamita y los cigarrillos «Pensamientos» a los particulares y barreteros que trabajaban en las calicheras y después, como sin darme cuenta, me fuí hacia el rincón donde Rosa esperaba. Despaché aún a una mujer que estaba por delante, junto al mostrador y a otra más; y al cabo, aparentando gran displicencia, me dirigí a ella. No pude sustraerme, sin embargo, al dulce vértigo de hundir mis ojos en los piélagos profundos de los suyos, y todo mi aparente aplomo se derrumbó angustiosamente a mis propios pies. Ella se acercó indecisa por entre las mujeres que protestaban y se apretujaban por no dejarla pasar, y al fin puso su canasto delante de mí, sobre la cubierta lustrosa del latón.

—Medio de azúcar; un cuarto de café...—su voccecita me iba vertiendo en los oídos azúcar y ambrosía, y todo lo demás, a medida que yo le iba echando en el cesto los envoltorios mal hechos por mi emoción.

—¿Qué más?

—Arroz, un kilo; medio de harina; un paquete de té...

Yo le envolvía con un atolondramiento delicioso y apresurado lo que me pedía, deseando que no terminase de comprar jamás.

—¿Otra cosa?...—la interrogué aún, mirándola tímidamente.

—¡Ah! la sal... un veinte de sal; un cinco de cominos; pimienta...

Me conmovió aquí la gracia modesta e íntima de las cosas que iba diciendo, y recordé de pronto la cocina del hogar, donde borboteaban las condimentadas

y aromáticas ollas campesinas, que yo, de niño, solía destapar a escondidas; y emocionado de nostalgias, le pasaba ya a Rosa el último paquete, cuando de improviso saltó, como una salamandra por sobre las cabezas impacientes de las mujeres, la voz achispada de una muchachota:

—¿Y hasta cuándo va a estar comprando la señorita? Se la pasa a llevar a una, y no acaba nunca... ¡Ya está bueno que «me lo deje» a mí, pues, el pijecito! Y miró a Rosa con una mirada agresiva, y a mí con una mirada pícara y picaresca.

Yo, ante el escándalo y las burlas de las mujerucas, trataba de sacar fuerzas de flaqueza y hacerme respetar; pero la muchacha—que era alta y buenamozona—me apremió a renglón seguido:

—Apúrese, pues, m'hijito... apúrese, con eso... —y terminó con un chiste feo; feo, vulgar y de doble sentido.

Lleno al pronto de cobardía y sobresalto, recogí las fichas que Rosa dejaba, toda temblorosa, sobre el mostrador, y la vi por el rabillo del ojo alejarse como una sombra, muy derecha y fugitiva, tras las caras borrosas de las mujeres, sin echarme esta vez ni siquiera una mirada ofendida. Entonces, sin darme cuenta aun de lo que la otra habría querido decirme seriamente en broma, y sin encontrar palabra que decirle, la miré con rabia a la cara. La mujer hizo un mohín más mujerial ahora, y dijo, agachando la cabeza:

—¡Miren cómo se enoja!

III

Desde ese día Rosa no vino más a comprar a mi ventanillo. Yo la veía cada mañana acercarse muy digna al ventanillo de al lado, acompañada casi siempre de una hermanita pequeña, que se apegaba a ella como un botoncillo de rosa al tallo, y ahí esperaba, hasta que a los pocos instantes Marcos Razmilic la atendía con exagerada solicitud. Nadie reclamaba entonces, porque el austriaco les dirigía en su lengua unas tremendas jerigonzas que hacía callar a los rezongadores. Yo también me estaba callado, mirando por si Rosa siquiera me mirase, y sintiendo al mismo tiempo dentro de mí una tempestad que me iba ahogando y que no podía estallar en palabras.

Pero, ¿por qué no poder hablarla, señor? A veces la veía pasar en las tardes por el corredor, cuando la resolana vaheaba aún desde el gran cuadrado abierto que había frente a la pulpería, a comprar en la tienda que atendía el gringo Leba. Allí podría conversar con ella, decirle... ¿qué podría decirle? No; bien veía que no me atrevía, ¡nunca me atrevería! Y menos delante de otros...

En balde también, en las noches, cuando íbamos de fiesta con los otros pulperos adonde algunas chiquillas amigas de ellos, en los campamentos, después de las comidas que presidía gravemente don Pascual, el jefe de pulpería, trataba de avivarme, «atracándome» a al-

guna de las niñas: llegaba cualquier tiznado dicharachero y se la llevaba a bailar, y yo me quedaba muy tieso y encogido en mi asiento, mascullando mi fracaso. Y ese vulgar fracaso me hacía pensar en Rosa, y entonces me sentía herido doblemente, en mi amor propio y en mi «propio» amor.

De vuelta de esas salidas nocturnas, mientras Marcos Razmilic y Anselmo Brito iban delante muy alegres, bajo la luz de la estrellas (casi siempre habían mandado anticipadamente con algún hombre un canasto repleto de botellas de cerveza y alguna de oporto a la casa donde íbamos), Victorio Leba solía cogirme del brazo y quedarse atrás conmigo. Se paraba frente a los puentes metálicos de la elaboración, miraba su reloj y me decía entre sigiloso y confidencial:

—Mirra, espérrame aquí un ratito de horra ¿no?... —y desaparecía por entre las sombras miedosas de los pilares, mientras yo me quedaba paseándome, por combatir el frío acuchillador de la noche, a la luz espectral que reflejaban las calaminas; paseándome y pensando en qué iría a hacer ahí, bajo esa urdimbre de fierros y armazones el gringo Leba, y temiendo que nos fueran a echar el cerrojo a la puerta de la pulpería.

Al cuarto de hora, o sea, casi al dar las doce de la noche en la casa de máquinas, aparecía muy apurado, Victorio Leba. Yo me volvía al sentirle, y entonces, por el otro lado, hacia la cabecera de los campamentos, me parecía ver una sombra que se deslizaba entre las sombras.

Cuando llegábamos a la pieza, me confesaba al fin, sacando de sus bolsillos una pistola que descargaba lentamente:

—Estos marrido que aquí están chelosos siempre... ¡No vikilan las chiquillia y vikilan las mukerre! Es peligroso, mirra...

Yo callaba mirándole bizarro y bien parecido, y sin que él me dijera nada más, pensaba en quién sería ese marido celoso que sin saberlo lo obligaba a ir furtivamente, antes de las doce de la noche, bajo la mañana de fierro y armazones de la elaboración. Sin duda algún mecánico de la casa de fuerza, que salía del turno a esa hora.

—Porr eso, tonto,—agregaba él al cabo, con no sé qué de vaga tristeza o de inquietud—amórrala tú a Rosa... ¡Está linda, linda, carramba, y nadie la vikila!

Nadie la vigilaría; pero ella se vigilaba. Bien veía yo cada mañana, a pesar de la rabia envidiosa que me enturbiaba las miradas, cómo el rollizo Marcos Razmilic exageraba inútilmente con ella sus halagos. «Tonto, erres bien tonto—me había dicho también el mismo Marcos—; tú no la queres y yo voy entonches a amorrala ¡Tonto que erres!». Y se burlaba de mí, triunfal y satisfecho. Pero no era, no era, señor, que yo no la quisiera: era más bien mi misma timidez y mi despecho que dejaban suponer eso a los demás. Sólo Victorio, como experto amador, no lo suponía, y había leído bien a fondo mi secreto; y yo, como a un

buen compañero, le había confesado al fin toda mi vergüenza, mi desesperanza y mi humillación. El me había escuchado en silencio, mirándome no obstante con algo de lástima y de simpatía.

—¡Aj, que erres pien tonto y pien orrkuloso también!—había exclamado sentenciosamente.

IV

Un día, casi repentinamente, amanecí enfermo, muy enfermo. Cuando fui a levantarme, al segundo llamado de la campana de la pulpería, se me doblaron las piernas infelices y caí sentado y desvencijado sobre el borde de la cama. Victorio Leba, que se estaba afeitando a la luz de la bombilla eléctrica, acudió hacia mí.

—¿Qué es eso que te pasó, Upaldo?—me preguntó solícito.

—No sé... me duele aquí,—le dije, mostrándole hacia el costado izquierdo.

Victorio me tocó la frente y me miró la cara. —Tienes la fiebre, carramba... —declaró. Mirra, acuéstate ahorra en la cama; yo vuelvo después lique-rrito.

Me quedé tiritando y abrasándome bajo las ropas, reviviendo las horribles pesadillas que había tenido durante toda la noche. A ratos de espaldas, a ratos de costado, me parecía sentir aún la tenaz opresión de la enorme viga de fierro que se desprendía horizontalmen-

te de unos inverosímiles puentes de elaboración, e iba cayendo lentamente sobre mi lecho, sobre ese mismo lecho en que ahora estaba dándome vueltas desasosegadas, y al caer y aun antes de aplastarme con su peso, me iba comprimiendo el pecho angustiosamente con su sola aproximación.

Cuando volvió Victorio Leba, seguido de un mozo que me traía el desayuno, me hizo tragarme una dosis de quinina. La quinina me calmó la fiebre y el desasosiego por algunos momentos; pero poco a poco fui sintiendo un martilleo cruel en la parte superior del pecho, que se prolongaba hacia atrás por el lado del corazón, como un clavo enardecido. Comencé a toser, y me volvió la fiebre, y con la fiebre una sed quemante, insaciable.

Así estuve durante quince o más días entre la vida y la muerte. Cuando al fin hizo crisis la enfermedad y recobré el sentido de vivir, me pareció que volvía escapado de un penoso viaje que no tenía vuelta, y me quedaba mirando estúpidamente hacia un punto que no sabía. En las noches y a la hora de la siesta, en que cerraban la pulpería, venían ahora a verme los compañeros y don Pascual, y también solía venir el corrector de pampa, don Santos Luna. Pero no eran esas las visitas que más me alegraban y que yo, en silencio expectante y maravillado, aguardaba: a veces por la mañana, a veces por las tardes, cuando todos estaban en su trabajo y no había nadie en mi cuarto, que era al mismo tiempo el cuarto de Victorio Leba, solía venir

Victorio, acompañado de ¿De quién? De Rosa, que venía a su vez acompañada de la hermanita pequeña, colgada a sus vestidos. Llegaba Rosa en silencio hasta la cabecera de mi lecho, me miraba, y decía dirigiéndose ruborizada a Victorio Leba:

—Está ya mejor ¿no es cierto?

Después Victorio se iba a su tienda y Rosa se quedaba un instante, y me miraba otra vez en silencio. Yo entonces escondía mis manos flacas y azulinas bajo las sábanas, y esquivaba los ojos avergonzados. Ella, de pronto, como instintivamente y sin pensarlo, me acuñaba las ropas a los pies de la cama, y me conversaba . . . me decía algunas palabras que ahora no recuerdo. ¿Qué me importaban a mí las palabras? Ella, ella sola, con su sola presencia llenaba todo ese momento, y yo me quedaba «sintiéndola», respirando su presencia con toda la ansiedad de mi pobre corazón abatido dentro de la jaula escuálida de mi pecho.

Cuando se iba, me dejaba el cuarto alegre y lleno de luz, y mis ojos agradecidos salían acompañándola hasta el patio dorado de resolana. Después se me cerraba la flor de la alegría, y me quedaba mirando, pensando . . . Pensando en por qué vendría Rosa a verme. ¿Por qué vendría? ¿Y cuándo y cómo habría podido entrar por ese patio interior de la pulpería, cerrado siempre con gruesos cerrojos, que era como una Cartuja y al cual no entraba nunca ninguna mujer? Al principio ni siquiera había pensado en eso, abismado como estaba en la inerte estupefacción de la conva-

lescencia; y aun, sentía muy natural que ella viniese a verme, puesto que yo estaba enfermo y estaba siempre recordándola. Pero después, cuando mi pensamiento fué adquiriendo lucidez, mientras me entretenía puerilmente en mirar por la puerta abierta al patio la humeante chimenea de la panadería, que escribía interrogaciones azules en el azul melancólico del cielo, me preguntaba yo porqué vendría Rosa a verme. ¿Vendrá a verme sólo porque estaba enfermo? ¿Por una costumbre caritativa, así como hacían en mi tierra? ¿Y quién le habría dicho que yo estaba enfermo y que viniera a verme? Estos pensamientos me entristecían, y recordaba también la poca simpatía y el desprecio que ella me había mostrado cuando yo le vendía el azúcar y el comino en el ventanillo; y por eso, pues, cuando venía nuevamente, a pesar de que mi corazón se ahogaba aleteando ante su presencia, me quedaba mirándola en silencio, apenado de una pena imprecisable.

Y unos celos desvalidos e imprecisables también me afiebraban de nuevo la imaginación. Recordaba las miradas conmisericordias de Marcos Razmilic cuando venía a acompañarme, y yo entonces me indagaba tenazmente a mí mismo qué relación podía tener eso con Rosa. Yo sabía bien, desde antes de enfermarme, que Marcos estaba enamorado de la niña; tanto, que ya no salía por las noches a los campamentos. Pero Rosa... ¡quién sabe!

V

Cuando ya tuve más fuerzas y pude sentarme reclinado en el lecho, me acondicionaba como podía para esperar a Rosa. Pero Rosa venía a verme cada vez más a lo lejos. Y mientras menos ella venía a verme, más deseaba yo verla a cada instante, y más pensaba en ella; tanto, tanto pensaba en ella, señor, que me olvidaba de pensar en mi buena madre, y me olvidaba también de esos buenos recuerdos de mi tierra, que me eran tan queridos y reconfortantes.

Venía a verme siempre acompañada de Victorio, que ahora se quedaba hasta que ella se iba. Una tarde, sin embargo, Rosa traía escondido un pequeño envoltorio de papel, del que sacó algo que fué a colocar en un vaso de agua, sobre mi mesita de noche. Era una rosa. ¡Una rosa! Yo se la pedí con un movimiento impulsivo, y aspiré su aroma hasta sentir dentro de mí como un vértigo

—¿Clava?...— le pregunté, agradeciéndole con los ojos, sin saber lo que decía y con la voz punzada de emoción.

—No;—me dijo—no clava.

—¡Ah! es una rosa sin espinas, entonces.

Lo dije sin intención, al mismo tiempo que la miraba tímido y feliz; pero ella se puso, al yo decirlo, tan rosada como la rosa, y entonces yo también me quedé silencioso. Victorio Leba no entendió el involuntario

sentido de mi expresión, y alabó la pequeña flor inusitada:

—Fíikate, es única rosa aquí en toda la pampa. Está linda, linda, te fikas?

—No será la única, gringo;—le interrumpí afanosamente—otra rosa habrá más linda . . .—y me detuve, asustado de mi repentino valor.

Ahora Victorio Leba entendió bien la alusión, y se quedó mirándome. Rosa, me miró también de una manera que no pude comprender, y los ángulos de su boca se alargaron imperceptiblemente. Cogió a la hermanita de la mano e inclinó la cabeza, como para marcharse. Entonces Victorio Leba, que seguía mirándome con la mirada erguida, exclamó con una voz que yo no le había oído:

—Ahorra está valiente tú, mirra . . . ¡Ahorra!

No comprendí lo que me dijo; pero lo sentí dentro de mi pecho débil, y las manos se me cubrieron de un pálido sudor. Por un momento, en que creí ver muchas cosas, no pude hablar, y sólo mis ojos iban inciertos desde Rosa a Victorio; desde Victorio a Rosa. Al fin, con voz helada, logré decir:

—Oye, Victorio Leba; yo tengo una hermana que también se llama Rosa, y es nuy linda . . . Es muy linda y me acuerdo a cada instante de ella. Tú comprenderás . . . Pero le estoy muy agradecido a la señorita Rosa de haber venido a visitar a un enfermo, en esta soledad . . .

Ambos me miraron con una misma mirada interro-

gadora. Pero en la mirada de Rosa había algo de dolor, algo de piedad, y acaso también, algo de desilusión. Victorio Leba, al cabo, me contestó con la misma voz abierta de nuestra amistad:

—Mirra, ahorra estás tonto por otra vez... Tú no tienes ninguna hermana Rosa. Tú siempre fuiste amorrado y llamaste esta Rosa, con la fiebre. ¿Tú lo escuchaste, Rosita, que es cierto, no?

Rosa no contestó, y se despidió con la voz insegura, mientras Victorio Leba la dejaba irse. Cuando quedamos solos, nos miramos largamente en silencio, y al fin él exclamó impetuosamente:

—¡Ves que es linda, carramba! ¡Ves...!—y su voz se quebró en su garganta, como si se hubiese clavado de pronto una espina.

Se había clavado una espina. Ambos—y también el rollizo Marcos Razmilic—, nos habíamos clavado una espina al querer coger una rosa; porque ella, Rosa, como Helena, la griega, «era una rosa de amor que hería los corazones».